

Contar las estrellas (Fragmento)¹

IRIS M. ZAVALA
Puerto Rico

Estoy en la cama del hospital segura del poco tiempo que me falta para irme. La gangrena se me ha diseminado por el cuerpo, solo espero que mi niña—ya una adolescente en primer año de universidad—llegue a verme. Será la despedida. Le daré estas páginas de memorias escritas a lo largo del tiempo que estuvo conmigo. Son para ella, es la historia de nuestras vidas juntas, antes de que se fuera a San Juan con su madre, cuando aún era una niña. Estas páginas te recordarán todo lo que hablamos, tus primeras incursiones en la literatura y la escritura, cuanto te expliqué sobre el lenguaje, que ahora sí puedes comprender.

Te añoro, te eché de menos siempre, eras mi sol, mi alegría. Te escribo para que no te olvides, son mis lecciones y enseñanzas, cuanto pude hacer para avivar la llama de tu deseo. Aquí comienza nuestra historia. Quiero que conozcas dónde nací y me crié, y a tu país y su triste historia de colonia. La espera es difícil, solo confío estar viva cuando llegues a verme, será la despedida.

Por fin entró a la habitación. Respiré... ya podía irme. Y cuando se acercó a mi cama, le señalé muchas hojas manuscritas... son para ti, le dije con los ojos... Las cogió con alegría, contemplándome llena de amor. Se había transformado en una linda joven de ojos profundos y tristes... que me miraban. Eran como espirales perturbadoras y laberínticas que, por eso mismo, apuntaban al misterio del corazón, al centro de la vida.

Escritas en la elegante caligrafía decimonónica de mi abuela, eché un vistazo a la primera hoja de unos papeles manuscritos que empecé a leer con los ojos llenos de lágrimas. Eran su historia personal, y mis primeros años, cuando era una niña.

Memorias de mi abuela

Querida nieta: Te dejo estos recuerdos para que me conozcas, y no olvides cuanto aprendimos juntas, ni tu deseo de escribir. He descubierto algunos secretos de la vida que se embotan ya en mi memoria, pero te contaré lo que recuerdo de la mía y un trozo de la tuya. Entonces mi niña imaginaba barcos, gente... Eran tiempos de la segunda guerra mundial, tendría mi nietecilla 4 o 5 años, y en Ponce había *blackouts* o apagones, por el temor a los submarinos nazis rondando la zona. Esa noche, salimos de la casa mi niñita y yo, y nos fuimos a la calle, como todo el mundo. Saqué el sillón—mece que mece—y me la puse en la falda. Quería quitarle el miedo, y comencé a hablarle: mira arriba, cuenta las estrellas una por una, y me dices un poema.

Me miró con sorpresa, ¿poema? Sí, un poema...inventa uno con el cielo estrellado. Se quedó desconcertada, cerró los ojitos y dijo: *Voy a contar las estrellas una por una, y bajar del cielo la más bonita, y ponerla en las manos...de mi abuelita*. La miré sonriente: eso es un poema. Pues seré poeta, güela, quiero ser eso, poeta. Lo serás, antes has de saber mucho y leer mucho, te enseñaré. Pero nunca olvides que la tarea del saber no es interpretar el mundo, sino cambiarlo. Me miró como aturdida, sé que no entendía, pero recordará mis palabras.

Mi existencia en la isla —como la de todos— fue época de esclavitud racial, muerte, pobreza, hambre. La nuestra era una clase media discriminatoria e intolerante, con ínfulas de aristocracia. Hice lo posible por educarte con el impulso de transformar los desafueros sociales, o al menos que estos no te cambiasen a ti...

Iris M. Zavala

Iris M. Zavala, nacida en Ponce (Puerto Rico), es ensayista, novelista y poeta. Su pensamiento, crítico e innovador, aborda la historia, la filosofía, y la literatura desde diversas corrientes teóricas —teoría literaria, feminismos, estudios postcoloniales, crítica de la cultura— en formas de escritura que traspasan la tradicional división de géneros y dan a sus textos un carácter polémico que trastoca la expectativa del lector. Entre sus grandes libros de crítica se cuentan *El rapto de América y el síntoma de la modernidad*, *Colonialism and Culture: Hispanic Modernisms and The Social Imaginary*, *La cuestión caribeña*. El Caribe, una de sus grandes pasiones, es metáfora privilegiada de su obra y de su pensamiento: «Diversidad, lenguas distintas, y a la vez esa corriente profunda que nos une. La música, la entonación y el movimiento nos identifican..., y si seguimos mi imaginación novelística, se nos conoce en los ojos que hemos visto el mar». Entre su creación literaria destaca así mismo su poemario *Que nadie muera sin ver el mar* y su novela *Nocturna mas no funesta*.

¹ El siguiente fragmento procede de la novela *Contar las estrellas*, San Juan de Puerto Rico, Ediciones Puerto, 2012. Se publica con el permiso de Ediciones Puerto.



Iris M. Zavala. Retrato para el proyecto Palabras para un rostro.
© Alonso y Marful.

Te preparé para tener convicciones y principios. Contigo toqué a veces el cielo, y creo que lo miré por primera vez a través de tus ojos... Quise enseñarte que la arrogancia del espíritu es peor que la del cuerpo. Queda poco tiempo, solo espero que llegues. Siento ahora que el mundo nos arrastra a ese espacio interior,

y lo que ocurre en el exterior se presenta como un trozo de interioridad.

Mi legado son estas memorias de lo que recuerdo, he leído, estudiado, o enseñado a otros, sobre todo a ti. Revelan los graves males que aún subsisten y que ya eran evidentes en la cultura de mi época. Mi niña querida, confío que estos recuerdos que te dejo ilusionada te lleven por el camino del bien, la verdad, y la belleza. Son mi herencia, lo que aprendí sobre el lenguaje, la poesía, el arte. Lo esencial es recordarnos que el ser procede del lenguaje, de lo simbólico pero de diferentes maneras; el amor inventa el ser, y el odio lo petrifica produciendo silencio. Mi niña, como dijo un gran pensador: «Hay poesía cada vez que un escrito nos introduce en un mundo diferente al nuestro y dándonos la presencia de un ser, de determinada relación fundamental, lo hace nuestro también. La poesía hace que no podamos dudar de la autenticidad de la experiencia de San Juan de la Cruz, ni de Proust, ni Gerard de Nerval.» Continúo. Sí, es necesario que te prepares para interrogar las cosas que importan. Ahí radica todo el mundo de belleza que compartí contigo.

La gangrena se me ha diseminado por el cuerpo, solo espero que mi niña —ya una adolescente en primer año de universidad— llegue. Será la última vez que vea su rostro, y quiero irme con su sonrisa en mis ojos. Será mi adiós, y me iré tranquila. Te daré estas páginas para que recuerdes todo lo que hablamos cuando era aún una niña. He aprendido algunos secretos de la vida que se embotan ya en mi memoria, pero te contaré lo que se ha grabado vívidamente de mi vida y un trozo de la tuya. La mía —como todas— fue época de penurias, de pobreza.

Estas páginas son la historia de nuestras vidas juntas, antes de que te fueras a San Juan

con tu madre, cuando aún eras una niña. Te añoré mucho, me quedé muy triste, eras mi sol, mi alegría. Para ti he recordado los detalles de nuestras vidas, mis lecciones y enseñanzas, cuanto pude hacer para avivar la llama de tu deseo. Aquí comienza nuestro relato. Quiero que conozcas dónde nací y me crié, tu país y su triste historia de colonia.

Te preparé para tener convicciones y principios. Contigo toqué a veces el cielo, y creo que lo miré por primera vez a través de tus ojos... Quise enseñarte que la arrogancia del espíritu es peor que la del cuerpo. Queda poco tiempo, solo espero que llegues. Siento ahora que el mundo nos arrastra a ese espacio interior, y lo que ocurre en el exterior se presenta como un trozo de interioridad. Olvidamos que todo está hecho para que no se piense la hediondez, la corrupción, siempre abiertas como abismo, pues la vida es podredumbre. Sí, la cultura sufre de un gran malestar...

Mi herencia son estas evocaciones de lo que recuerdo, he leído, estudiado, o enseñado a otros, sobre todo a ti. Revelan los graves males que aún subsisten y que ya eran evidentes en la cultura de mi época. Mi niña querida, confío que estas páginas que te dejo ilusionada te lleven por el camino del bien, la verdad, y la belleza. Son mi herencia, lo que aprendí sobre la vida, el lenguaje, la poesía, el arte. Y la lección mayor es que todas las expresiones del arte civilizan, nos ayuda a domar al animal depredador que todos llevamos dentro.

Aprendí en mis lecturas que es feliz cualquier persona sana, madura e integrada a la sociedad, persona capaz de amar y trabajar, y de realizarse. Y de sentirse activa, y de superarse, y de relacionarse... Pero no olvides que jamás nos hallamos tan a merced del sufrimiento como cuando amamos; jamás somos tan desamparadamente infelices como cuando hemos perdido el amor de quien amamos. Sí, no existe ningún medicamento tranquilizador tan eficaz como lo son unas pocas palabras bondadosas.

Ni los beneficios científicos ni el desarrollo ni el progreso conducen a la felicidad humana, y el despotismo de lo útil es uno de los síntomas de la alienación moderna. El tema es espinoso y paradójico; todo el siglo XIX está cruzando por los elogios de la tecnología y la ciencia. «*Hidalgos de la razón*» llamaba Unamuno a los racionalistas, y arremete contra aquellos que habían empleado la razón más allá de sus límites y posibilidades.

Ya Goya —el primer gran crítico de la ilustración— había sentido esa angustia, esa desolación y vacío que deja en el sujeto el entronamiento de la razón. Picasso nos hace ver aquella fase inhumana y destructiva en la historia del sujeto moderno, en los horrores de la guerra —que siempre es fratricida—; ahí está su *Guernica* con sus seres mutilados y fragmentados. Goya y Picasso abrieron el camino a otras formas de mirar el mundo contemporáneo. En ambos está presente el cuerpo doliente de nuestra modernidad; en ellos están las guerras asesinas de todo el siglo XX, si bien siempre ha habido ataques devastadores contra «el otro»: las cruzadas, la conquista de América, la guerra del oro, la desmembración de África.

No son los únicos. El gran músico Münch nos aguzó el oído para sentir el grito mudo de la angustia. Don Quijote salió cabalgando por los caminos del mundo en nombre del amor y de la justicia y la bondad. Hablamos de aquellos que han logrado captar —en vuelo— las barreras del deseo: lo bello y la pura destrucción. Y centro mi mirilla en la función de lo bello y la tragedia de lo que olvidamos, aquel pasado que se consigue reprimir. Todo está preparado para que no se piense en la hediondez, la corrupción, siempre abierta como abismo, pues la vida es podredumbre. Al menos, podemos encontrar cierta felicidad en la belleza, dondequiera que ésta sea accesible a nuestros sentidos y a nuestro juicio. Ya se trate de la belleza en las formas y los gestos humanos, en los objetos de la naturaleza, los textos literarios, o en las creaciones artísticas, esconden veladamente un sentido estético. El placer de la belleza posee un particular carácter emocional, ligeramente embriagador. La belleza no tiene utilidad evidente ni es manifiesta su necesidad cultural, y, sin embargo, la cultura no podría prescindir de ella. Nunca olvides algo que te he repetido muchas veces: si esperas alcanzar de la vida la felicidad, renuncia... no existe, son solo instantes.

Pero, tampoco relegues lo que te he dicho de muchas formas, y que he aprendido gracias a la lectura de grandes pensadores: ¿no ha sido el arte el que, apostando por el futuro, nos recuerda que toda materia lleva la muerte en su seno? ¿Y qué hacer con la muerte? La poesía —porque mi mundo es el de la letra— nos ha estado mostrando sus máscaras desde los griegos y los romanos, y en el siglo XVII, nuestra

más reciente modernidad o contemporaneidad. Y tengo que mencionar la gran poesía donde está este «saber» escrito, como letra: lo leerás algún día en Cervantes, en la monja mexicana Sor Juana Inés de la Cruz —pero todavía no, son muy extensos y complicados. Cuando seas adolescente —si vivo aún— los leeremos juntas. Ahora, por favor reléelos tú.

El trabajo de civilizar supone un enfoque crítico desde una dimensión ética. Que nada ocurre por casualidad es algo que sabemos, y también que la suerte, el azar y la fortuna forman parte de la ética responsable. O sea, de hacerte responsable de tus actos. No aludo a la ética del bien, la de amar a tu prójimo como a ti mismo. No. Me refiero a una ética de la responsabilidad, el hacernos responsables de nuestros actos, y de afrontar las consecuencias de cada uno de ellos. Ya lo comprenderás, te lo iré explicando poco a poco...

Se trata de establecer un diálogo para civilizar, y sino erradicar, al menos aminorar los efectos terribles de la cultura —de ayer y de siempre. El arte, lo único que nos permite es sublimar y nos conduce, a través del lenguaje, a domesticar al depredador en nuestro interior. Insisto en la dimensión civilizatoria del arte y su posibilidad de sublimación.

Es necesario que aprendas a interrogar las cosas que importan. Ahí reside todo el mundo de belleza que compartí contigo. No hay nada oculto que no llegue a manifestarse, no lo olvides. Mi amor, si tienes fe llegarás donde quieras cuando seas mayor, te dije siempre. Los corazones tristes no sirven para nada...

Te evito detalles desagradables, y la descripción de mi cuerpo ya viejo, que se prepara a morir de podredumbre. Siempre he considerado la vejez como un estado de espíritu; por eso me sentí siempre joven. Pero ahora es distinto... La ancianidad, con sus achaques nos llega a todos. No me rebelo contra el orden universal. Al final, tengo más de ochenta años; nunca carecí de comida, aprecié muchas cosas —la compañía de mi marido, mis hijos, el azul del mar, y el sol en el ocaso. Observé las plantas crecer en la primavera, y los viejos árboles de la calle cuando se arqueaban como un dosel que se escudase del suave sol invernal que rociaba y salpicaba el suelo.

Admiraba el viento que entre túmulos y signos enredaba las voces, y anudaba sus remolinos. Me encantaban los árboles, el sol y el mar. Fui una matriarca dulce y feliz cuando tú estabas. De vez en cuando tuve una mano



La ceiba: reina del campo. Fotografía de Liset Cruz.

amiga para apretar. Alguna vez encontré un ser humano que casi me comprendió, y conocí y me casé con Pedro Juan, que me enseñó a querer con pasión, y te tuve a ti para amarte. ¿Que más se puede desear?

Recuerda tu historia. Naciste en Ponce —ciudad de esclavistas, negreros, terratenientes, y mercaderes. Ponce —la

de Juan Ponce— con palacios franceses, silenciosos, enormes, con un castillo en la cumbre —el Castillo de Serrallés, feudal ojo encumbrado que miraba desde lo alto, que dominaba desde arriba el mundo, como una atalaya vigilante. Ciudad orillada por un mar embravecido, y golpeada por un sol ardiente y un calor insoportable; un pueblo de ínfulas, de «aristocracia» silenciosa, racista, que menospreciaba al que vivía del otro lado —una Vetusta soleada y somnifera, que jamás abría las puertas.

Naciste —digo— en frontera, y no olvides que las fronteras no son más que líneas invisibles en los mapas. Nuestra calle, Capitán Correa, dividía la ciudad en dos: los de arriba y los de abajo. De un lado la aristocracia esclavista, del otro la aristocracia de dril; un paisaje desolado de árboles renegridos, de entecas palmas, con su Guernica —la gran ceiba de Ponce. Tú, fronteriza y movable, estuviste entre dos mundos —el mío, Suncha Ferrer y Calvo, doña Suncha— y el tuyo, de Iris Meaito Zavala. Conmigo viviste un mundo de entre-siglos; yo, decimonónica, soy testigo de la cruenta entrada de los norteamericanos. Te podría decir que era estilo modernista, siempre iba vestida de negro, gris, malva (duelos, lutos por primas, parien-

tes, amigas); pero al llegar la tarde, me emperifollaba para ir a la novena... Ay que iglesia de comidillas, de encuentros. Tu madre, vino en un mundo *art deco*... bellísima mujer de los años 1920 con un rostro sin igual... Todos se enamoraban de ella, y conoció a tu padre a quien amó profundamente y para siempre. El fue menos consecuente, y la abandonó por otra, desde entonces tiene los ojos tristes.

Recordarás que nadie salía de la casa de mis hermanas, que mecían y adormecían sus sueños, te decían versos de Espronceda, Campoamor. Tú aprendiste mazurkas, vales, minuets, mientras afuera —digo, afuera de la casa, también cerrada y silenciosa— los niños de tu edad jugaban en la calle y bailaban música nueva que desconocía. De noche, y en ese tórrido trópico la noche son las 6:00 de la tarde, nos reuníamos las sibilas, mis hermanas, primas y amigas. Todas, con un habano en boca, copitas diminutas de anís, o anís en diminutas copas, y jugábamos a la brisca. Siempre venías conmigo y te quedabas dormida.

Yo me emperifollada para ir a jugar con mis amigas, y tú, mi nieta, nacida entre la Guerra Civil Española y la II Guerra Mundial, muy del siglo XX, te sentabas en mi falda, mece que mece, mece endormece. Así, escuchando, dijiste tus primeros poemas, sin saber escribir ni leer. ¡Ay trópico de las Antillas! Son sus triángulos edípicos, esos sueños sin fin, esos mundos del quiero y no puedo, del puedo y no quiero.

El calor —sin duda— ese calor pegajoso de templa recién cuajada, de vahos, te hizo aventurera, y a los cuatro o cinco años, huiste de casa, «*a ver mundo*.» Querías ser... loba de mar, pirata, gitana, saltimbanqui —todo menos adocenada madera para ser carcomida por las polillas. ¡Que también la gente tiene polilla en el alma, y hasta en los güesos! No, no pudiste irte, yo te hice entrar por el aro y te volví al hogar. Eras muy atrevida...